

JIMÉNEZ HEFFERNAN, Julián. *La dialéctica. Variaciones sobre un tema de Fredric Jameson*. Madrid: Abada, 2021, 148 pp. ISBN: 9788417301835

¿Cómo acceder al sentido o ya siquiera a la visibilidad de una totalidad cuya existencia está fundamentada en velarse, en mistificarse, en ocultarse a sí misma en tanto totalidad? Esta es quizás una de las principales cuestiones articuladoras del proceso interrogativo que Julián Jiménez Heffernan realiza en *La dialéctica. Variaciones sobre un tema de Fredric Jameson*, publicado por la editorial Abada en 2021. El libro de Jiménez Heffernan supone un recorrido especulativo a través de las variaciones y transformaciones del concepto y la práctica de la dialéctica a lo largo de toda la obra de Fredric Jameson, desde su primer trabajo sobre Sartre, en 1961, hasta sus últimos trabajos sobre el realismo literario o la alegoría y la ideología, publicados en la última década. Recorrido que pretende, a su vez, dilucidar el desarrollo, el sentido y la necesidad del proceder dialéctico en su especificidad moderna a lo largo de los últimos dos siglos. Para ello, el punto de partida del autor, declarado en el prefacio que preside la obra, es el de «evocar la defensa tan continuada que Jameson ha hecho, a lo largo de su larga y brillante carrera, de la dialéctica» (9).

Ahora bien, este libro afronta y asume en esta voluntad y en este proyecto un esfuerzo metodológico y expositivo considerable, requerido por la misma naturaleza de su objeto de estudio. Esto es así porque la dialéctica, tal y como la entiende el autor a través de Jameson, presupone y exige en cada caso particular de su aparición o acontecimiento no

solo su propia definición sino su propia autolegitimación, renovada, reafirmada y recomenzada cada vez, a la vez diferente y parte de un mismo proceso autocorrectivo. Es por ello que el intento de dilucidar qué es la dialéctica en la obra de Jameson por parte de Jiménez Heffernan no toma (no podría tomar) una forma sistemática y ordenada donde se compendiaran las definiciones que Jameson puede ofrecer de este fenómeno, donde se caracterizaran sus diferentes procedimientos y se destilaran unos rasgos y una naturaleza común para ofrecer así una imagen estática de la dialéctica en el filósofo norteamericano. De forma diferente, el ensayo toma la forma de un sumergirse fragmentario y fugaz, pero radical cada vez, en los diferentes momentos de la dialéctica de Jameson, poniendo en diálogo sus diferentes obras no para reducirlas a un denominador común, sino para distinguir las especificidades irreductibles de los momentos concretos del esfuerzo dialéctico, especificidades que a la vez ofrecen una corrección al conjunto de su obra y de su proyecto, que adquiere su única unidad posible en la forma de una voluntad: la de no dar por perdida la inteligibilidad de una totalidad real-social escondida en (y velada por) la aparición falsamente autónoma e independiente de sus partes.

El prefacio del trabajo sirve así como declaración de objetivos e intenciones. Es necesario indicar, con todo, que la ya mencionada «evocación» de la dialéctica en Jameson no es para Jiménez Heffernan un mero ejercicio académico: el volver a la tradición dialéctica de la teoría crítica de la que Jameson se hace cargo toma la forma de un *recorrer* la obra de Jameson siempre y cuando este sea un

recurrir a él. La «evocación» toma desde el comienzo los visos de la invocación de una tradición filosófica que Jiménez Heffernan considera vital para hacer frente de forma rigurosa y coherente a las recientes «llamadas a la post-teoría o a la renovación metodológica» que no dejan de ofrecer unos atractivos pero peligrosos refugios inmediateistas tales como «intersubjetividad, espontaneidad o cuerpo» (10).

Los primeros tres capítulos del libro comienzan a orbitar en torno a una definición de dialéctica construida a partir de una cita de Jameson: «El proceder dialéctico supone un mecanismo de «reflexividad histórica» (Jameson, *The political Unconscious*, 95) que permite la interpretación de realidades particulares en función tanto del todo al que dichas realidades particulares pertenecen como del entramado conceptual presupuesto en dicho todo» (15). La amplitud de esta definición inicial obliga, no obstante, a tratar de precisarla planteando otras preguntas adyacentes a la de la estricta definición: ¿cuándo y por qué es pertinente la dialéctica?, ¿cuál es su modo de actuar frente al mundo? Estas interrogaciones implícitas ofrecen una primera caracterización vía negativa: el procedimiento dialéctico sería una voluntad de comprender el mundo que no acepta como verdadera la apariencia autoevidente e inmediata de lo dado, toda vez que detecta que esta apariencia depende estrictamente de las condiciones de aparición que la presuponen. Es por esto por lo que el autor comienza contraponiendo la dialéctica a la tradición fenomenológica, demasiado comprometida con un positivismo que le impide considerar como significativas para la experiencia el

tejido de mediaciones que, al modo de «anticipaciones conceptuales», conforman una totalidad fácticamente no dada: «La idoneidad de la dialéctica se hace visible, pues, ante la insuficiencia de lo dado como materia prima epistemológica, y ello es así no sólo porque no todo se da sino porque todo no se da» (18). Así, el procedimiento dialéctico se caracterizaría por un ahondamiento en la mediatez de lo dado y por la hipótesis hermenéutica y precomprensiva según la cual existe un todo anterior a lo dado que lo media y permite su inteligibilidad completa. Ahora bien, ¿cómo se concretiza esta voluntad o proceder dialéctico en las diferentes obras de Jameson, y qué nos puede ofrecer la reconstrucción de su proyecto bajo este particular signo? Son estas las interrogaciones que Jiménez Heffernan se hace en los cinco capítulos centrales del libro, en los que propiamente recorre (y recurre a) la obra de Jameson en sus diferentes momentos particulares.

En el cuarto capítulo el autor nos presenta la imagen filosófica de Sartre que Jameson ha configurado a lo largo de tres de sus textos: Sartre: *The Origins of a Style* (1961), el extenso capítulo dedicado al filósofo francés en *Marxism and Form* (1971) y los textos escritos con la ocasión de la reedición inglesa de la *Critique de la raison dialectique* y publicados en *Valences of the Dialectic* (2009). Jameson lee y entiende a Sartre como un pensador eminentemente dialéctico y estudia y a la vez asimila y toma de él su noción de que la misma forma y materialidad de la escritura filosófica, y no solo sus temas y preocupaciones, deben participar de la voluntad dialéctica. Esta participación debe comprometer a

la escritura con un lenguaje y una sintaxis que haga obvia la mediación lingüística y conceptual de las ideas mismas, de ahí que «ha de ralentizarse de manera intolerablemente infinita» para mostrar «la interferencia constante del concepto, retardante agravado por la acechanza inesquivable del todo» (35). De esta manera, la dificultad y la sinuosidad de la escritura de Jameson tendrían que ver con la construcción consciente de estas «frases dialécticas», que el norteamericano habría aprendido en Sartre pero también y quizás especialmente en Adorno.

Y es que uno de los capítulos centrales del trabajo se encarga de ahondar precisamente en la relación de Jameson con Adorno, un filósofo que ha supuesto otra de sus preocupaciones persistentes a lo largo de toda su carrera. Jiménez Heffernan rastrea con lucidez cómo Jameson ha recogido y se ha hecho deudor de una noción adorniana de la dialéctica entendida como «crítica inmanente» (51), un tipo de mirada crítica que debe llevar al filósofo a la preferencia por la atención a la «totalidad concreta», es decir, a la sensibilidad hacia la presencia casi fractal o miniaturizada en cada particularidad (conceptual, experiencial, cultural-artística...) de la totalidad de la que participa. Esta mirada inmanente renuncia a cualquier punto de apoyo exterior para la crítica de lo dado, toda vez que le es posible encontrar el impulso erosivo en las contradicciones internas de la totalidad que se reproducen y que a la vez existen y se ponen en juego en cada caso concreto.

Es a través de esta noción de la dialéctica entendida como crítica inmanente en Adorno y Jameson como se resalta pertinentemente el común denomina-

dor de deconstrucción y dialéctica, entendiéndolas ambas como ejercicios de «*Kritik* como inmanente re-descripción desestabilizadora» (52). De cualquier forma, las diferencias cruciales entre ambas, desde el punto de vista de la mirada dialéctica, quedan marcadas de forma decisiva: si bien ambos fenómenos ejercen una crítica inmanente y tienen su punto de partida en «la prioridad de la mediación relacional del todo sobre las partes» (96), la deconstrucción tendería a presentar las contradicciones de la totalidad cristalizadas en las concreciones particulares como antinomias en las que se produciría una «parálisis analítica tras la detección» (110), y en las que se correría el riesgo de fetichizar la contradicción por la contradicción misma, llegando a la hipostatización de este bloqueo relacional, aun en la forma inestable de la *différance*. De forma contraria, la dialéctica se presenta «como un desenmascaramiento de la antinomia como contradicción» (109), y tendería a dinamizar dichas contradicciones para mostrar su ontología históricamente condicionada.

Por otra parte, Jiménez Heffernan sigue igualmente a Jameson para señalar cómo este entendimiento de la dialéctica como crítica inmanente la emparenta con la teoría y crítica de la cultura practicada como *Ideologiekritik*, en tanto que esta no sería otra cosa que la mirada dialéctica descubriendo en la parcialidad de la obra de arte o el objeto de cultura una reconciliación aparente de las contradicciones de la totalidad que están inscritas en ellas. La mirada dialéctica propia de la *Ideologiekritik* dinamizaría o pondría en marcha el estatismo ilusorio alcanzado en los modelos miniaturizados de la

totalidad presentes en las concreciones artísticas-culturales.

El séptimo capítulo, el más extenso del trabajo, ofrece una lectura de *Valences of Dialectic* (2009) en la cual se ahonda en tres acepciones de la dialéctica para Jameson, que el autor presenta en la forma de tres modalidades: «la dialéctica», entendiéndola de forma más tradicional como sistema de derivación y transformación conceptual de raigambre hegeliana, y reificada en el esquema de tesis-antítesis-síntesis; «las dialécticas», como momentos dialécticos en procesos no propiamente dialécticos, es decir, como «dialécticas locales o esquemas de regularidad normativa» (93), esquemas o formas de pensamiento aplicables a diversos materiales, acepción esta que correría el gran riesgo de ejercer una mirada dialéctica volátil, gratuita y eminente contenidista o «tendencialmente temática» (94); y «lo dialéctico», acepción contraria y resistente a su «reducción a método» (113), una acepción mucho más amplia pero más radical que las otras dos, que se identificaría con lo que a lo largo del ensayo se ha ido denominado «mirada», «voluntad» o «proceder dialéctico», es decir, con ese impulso particular de afrontar el mundo que obliga a la comprensión de lo particular como precedido por una totalidad que a la vez esta afecta y constituye, y que continuamente extraña y dinamiza la realidad que nos ofrece la experiencia. Es quizás en mayor medida esta última acepción la que el autor, a través de Jameson, quiere evocar para tratar de reivindicar una comprensión crítica de la modernidad en la que se desvele de qué forma «algo aparentemente falso encierra una verdad, la verdad del todo (de las

relaciones complejas del todo) expresada en una de sus partes» (118).

El libro cierra este recorrido con un planteamiento inquietante y difícilmente resoluble. En los capítulos finales se reconstruye una de las tesis más sugerentes y provocativas de Jameson, según la cual la dialéctica, en su versión de experiencia crítica moderna, «nace de una situación histórica concreta, la del capitalismo» (134). Para Jameson, en la naturaleza del capitalismo estaría también su autoconciencia potencialmente erosiva en la forma de mirada vuelta hacia sí misma, toda vez que este sería el primer ordenamiento socio-económico que impone su estructura misma (la dualidad del valor y su potencial abstractivo) sobre todas las particularidades que la conforman, y por lo tanto la primera que posibilita precisamente la detección metonímica de su funcionamiento total en todos los elementos particulares que la componen. Ahora bien, si la mirada dialéctica moderna es el proceso de autoconocimiento crítico posibilitado por el capitalismo, esto abre el problema del «asunto casi sintáctico de la agentividad y el objeto» (139): ¿quién o qué ejerce la crítica dialéctica? ¿Dispone el crítico dialéctico de agencia alguna o es este parte de un proceso histórico a-subjetivo e impersonal de autoconocimiento crítico? Es decir, ¿es la dialéctica algo que el crítico produce o algo que a este le acontece? El autor apunta a que, en cualquier caso, la dialéctica es algo que aparece como fenómeno de meta-comprensión crítica, y que sea el que sea el nivel de agentividad real que se tenga en su realización, la tarea del crítico dialéctico debe ser en cualquier caso la misma: reconocerla allá donde se presente, incluido

en sus propios procesos críticos, «discernirla bajo el velo ideológico o la armadura mítica de la falsa dialéctica» (139), es decir, llamarla por su nombre para investirla de la autoconciencia necesaria para su existencia.

Este libro supone un necesario esfuerzo por dilucidar el ámbito conceptual o, más precisamente, procesual, aplicativo o crítico de la dialéctica como impulso que solicita y activa a la vez las paradojas y problemas de una comprensión de la modernidad conscientemente incluida en una circularidad hermenéutica, como modo de acceso a un círculo de pre- y poscomprensión en el que se tejen y destejen las relaciones entre los conceptos particulares y la totalidad de sentido que conforman. Por otra parte, uno de los mayores logros de esta obra reside en la claridad y decisión con la que el autor resalta, siguiendo a Jameson, el hecho de que ambos polos (particularidad y totalidad) son aisladamente falsos e ideológicos. Es su puesta en relación recíprocamente refutadora y correctora

la que señala o activa el ámbito dialéctico y la que la hermana con lo mejor de la *Ideologiekritik* y de la deconstrucción, cuando la propia posición crítica se sabe a su vez parte de lo criticado y guarda «memoria de su propio error» (119). El estudio de Julián Jiménez Heffernan, en definitiva, plantea de forma pertinente y lúcida la urgencia de una recuperación y una persistencia en toda una tradición filosófica y crítica, de Hegel y Marx a Adorno, Sartre o Jameson, que puede ofrecernos un acceso, aun complejo y tortuoso, a una crítica verdaderamente radical de la modernidad. Y es que la dialéctica puede enseñarnos a no ceder al derrotismo o a la pereza inmediateista, mostrándonos que la posibilidad de un afuera puede radicar precisamente en la lenta y trabajosa toma de conciencia de la totalidad inscrita en cada elemento de la claustrofóbica interioridad que nos rodea.

Antonio CASTILLO ÁVILA
Universidad Autónoma de Madrid